

Entrevista a Nelly Richard

A 50 años del golpe en Chile. Revuelta popular, feminismos y una dictadura que no termina nunca

Daniela Schroder*

La trayectoria intelectual de Nelly Richard —teórica y ensayista franco-chilena— ha atravesado momentos que van de la oposición a la dictadura de Pinochet en Chile a la larga y siempre incompleta transición a la democracia, con una producción cuyos ejes centrales han sido el arte y la cultura, la política, el género y la teoría. En medio de la resistencia y oposición a la dictadura cívico-militar fue parte de redes culturales que reafirmaron la potencia del arte y la crítica como parte del repertorio de intervención política. Su libro **La estratificación de los márgenes: Sobre arte, cultura y política(s)** (1989), marcó un hito en ese sentido. A partir de la transición a la democracia, Richard lideró el gran proyecto colectivo que fue la **Revista de Crítica Cultural** (1990-2008), que fue capaz de sostener un espacio intelectual crítico que dio cierta continuidad a los intensos debates político-intelectuales que tuvieron lugar en las luchas anti-dictatoriales de los '80, ahora en un contexto de aplanamiento político marcado por la impunidad, una democracia tutelada y la continuidad del modelo neoliberal. El feminismo también encontró en esa revista un espacio de continuidad y desarrollo en su vertiente más intelectual, poniendo en circulación un lenguaje político que se demostraría clave en las décadas posteriores con la re-emergencia del movimiento.

Con ocasión de su vista reciente a la Argentina por el Doctorado Honoris Causa que le entregó la Universidad de Buenos Aires, tuvimos el placer de recibir la [visita](#) de Nelly Richard en la nueva sede del CeDInCI, institución con la que mantiene una larga amistad. Es, además, integrante del Consejo académico asesor de la revista **Políticas de la Memoria**. Cabe mencionar también que la **Revista de Crítica Cultural** se puede consultar completa en papel en el [Catálogo del CeDInCI](#), además de encontrarse digital en [Américalee](#), con índice de Karen Glavic y Karina Jannello.

En la entrevista que presentamos a continuación conversamos sobre la reciente conmemoración de los 50 años del golpe de Estado en el marco del álgido contexto político que vive actualmente el país; sobre el periodo de la postdictadura y

la intervención que buscó hacer en ese escenario el proyecto editorial de la **Revista de Crítica Cultural**; sobre los aportes del feminismo al movimiento de oposición a la dictadura y en general a los diálogos entre feminismos e izquierdas; y sobre la heterogeneidad que tuvo el movimiento de mujeres contra la dictadura, marcado por solidaridades y tensiones entre organizaciones sociales, partidos y el campo intelectual.

—*Daniela Schroder: La conmemoración de los 50 años del golpe de Estado en Chile llega en un momento en el que el país ha pasado por un periodo de notable intensidad social, política y cultural desde que estalló la revuelta social en octubre de 2019. ¿Cómo ves que va sedimentando la experiencia de este último período y cómo afecta a las lecturas que se están haciendo respecto de la experiencia histórica de la Unidad Popular y la dictadura?*

—*Nelly Richard: Creo que ni en la peor de las pesadillas nos podríamos haber imaginado que la conmemoración de los 50 años del golpe militar iba a ocurrir en el contexto de un presente tan hostil como aquel que padecemos: un presente que viene marcado por el auge de la ultraderecha y por un regreso conservador y autoritario de tendencias antidemocráticas.*

A partir del 2011 se intensificó en Chile un trayecto de movilizaciones y protestas sociales que, de a poco, fue rompiendo el molde homogeneizante del consenso neoliberal. Primero, apreció el movimiento estudiantil del 2011 que reivindicaba la desprivatización de la educación superior pero que, más allá de este reclamo sectorial, logró resquebrajar el sentido común de la sociedad de mercado al introducir la palabra "gratuidad" en un universo enteramente dominado por las lógicas comerciales y empresariales del lucro, la rentabilidad y las ganancias. Luego se desplegaron organizaciones sociales que protestaron por temas medioambientales, sindicales, anti-AFP (Administradoras de Fondos de Pensiones), de salud o viviendas, etc.

En 2018, ocurre el "Mayo feminista" que parte con la toma de más de 60 sedes universitarias a lo largo de todo el país de parte de estudiantes movilizadas que luego se adueñaron de las calles para hacer valer su cuestionamiento al dispositivo patriarcal que, dentro de las universidades, impone un canon

* Doctoranda en Historia, Universidad de Buenos Aires. Becaria ANID (Chile). Magíster en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile. <https://orcid.org/0000-0002-5267-6024>.

androcéntrico de reproducción del conocimiento y que, además encubre conductas sexistas que se dan tanto a nivel de convivencia universitaria como de intercambios académicos y que, fuera de estas mismas universidades, impone sus jerarquías en el mundo político y social. La performatividad de los cuerpos que puso en escena el mayo feminista 2018 con su desobediencia frente a los poderes dominantes y su crítica generalizada a cómo el productivismo neoliberal precariza las vidas humanas (partiendo por las vidas de las mujeres), se constituyó en el antecedente decisivo del estallido social de octubre 2019.

La revuelta de octubre nace sin la coordinación ni articulación política de dirigencias reconocibles. Multitudes autoconvocadas se reúnen en las calles para hacer valer su "¡Basta ya!" frente a los abusos del modelo neoliberal (educación, salud, trabajo, vivienda, pensiones, etc.) que reemplazó a lo público por lo privado y frente, también, al formalismo político-institucional de una democracia elitista que marginó al "pueblo" de su toma de decisiones. Es precisamente el "pueblo" (pese a la revuelta híbrida de las identidades mezcladas en la revuelta que nos hacen saber que "el pueblo" es una categoría impura) el que vuelve a las calles bajo la modalidad del "estar en contra" durante octubre 2019.

La vehemencia de los reclamos populares y la fuerza colectiva de las energías desatadas en contra de la alianza de derecha (liderada por Sebastián Piñera) que defiende el modelo neoliberal, fueron de tal magnitud que generaron una crisis político-institucional que solo pudo encontrar una eventual vía de solución con la firma de un pacto nacional que llamara a redactar una Nueva Constitución. La aprobación por un 80 % del apoyo a una Nueva Constitución y la elección de 150 constituyentes que favorecía ampliamente a las fuerzas de izquierda (dejando a la derecha casi fuera de juego) le hicieron creer a estas fuerzas de izquierda que se iba a aprobar sí o sí el nuevo texto constitucional que definía a Chile como "intercultural y plurinacional, feminista y ecológica", además de basado en los principios de un "Estado social y democrático de derecho" que revertía el modelo de "Estado subsidiario" de la Constitución de Pinochet. Sin embargo, el fulgor de la revuelta ya se había disipado y eran varias las señales alarmantes que nos iban indicando de que el Chile que se iba a pronunciar —mediante el voto obligatorio— en el plebiscito de salida (2022) ya no era el mismo Chile que la izquierda creía haber interpretado bajo la convicción (nunca puesta en duda por ella) de que el levantamiento popular de la revuelta tenía un fundamento anti-neoliberal.

Una de las señales más preocupantes respecto de cómo estaba cambiando la correlación de poderes en el escenario político fue el dato que nos aportó la primera vuelta de las elecciones presidenciales del 2020 al haber ganado —con un 44% de votos— el candidato de ultraderecha José Antonio Kast (por mucho que terminara posteriormente derrotado por el candidato de izquierda Gabriel Boric). La pulsión

destituyente de la revuelta de octubre 2019 con su mezcla de caos, desintegración y violencia que buscaba derogar-revocar todos los poderes instituidos trajo como reflujo una sensación de temor e incertidumbre que se volcó masivamente en el Rechazo a la Nueva Constitución (62%). La Nueva Constitución fue juzgada demasiado rupturista en sus demandas identitarias (pueblos originarios, feminismo, disidencias sexuales, etc.) por la población, cuyos sectores populares y de clase media no compartieron el tono maximalista y refundacional del nuevo texto constitucional que se mostraba directamente inspirado por el *ethos* de la revuelta de octubre. A este rechazo se sumó el aumento de la delincuencia, el desborde migratorio y la agudización de los enfrentamientos en la Araucanía como muestras de conflictividad social que, al tornarse casi inmanejables, llevaron la ultraderecha y la derecha a exacerbar el discurso de la seguridad pública y del estado policial para imponer el retorno fanático a los discursos de Orden. Con el masivo rechazo a la propuesta constitucional, no sólo se clausuró la secuencia de aperturas transformadoras que había liderado la izquierda desde 2011 sino que se apoderó enteramente de la agenda pública —hegemonizada por los medios de prensa y televisión de la derecha— el discurso autoritario y represivo de los herederos (económicos y políticos) de la dictadura.

Esto repercute dramáticamente en el contexto de la conmemoración de estos 50 años del golpe militar que se ve gravemente afectado por un clima político en el que se volvió predominante —de modo casi inimaginable— la condena a la figura de Allende y el desprecio por la memoria de las víctimas de la dictadura. Si bien la conmemoración de los 40 años del golpe militar había logrado que la problemática de la memoria obtuviera una amplia difusión mediática a través de programas televisivos dedicados a archivos, testimonios y confesiones de las víctimas de las violaciones a los derechos humanos que les transmitieron a las generaciones más jóvenes el impacto de la brutalidad de un régimen militar, los preparativos de esta conmemoración de los 50 años del 11 de septiembre 1973 se desenvuelven en un país donde, según las encuestas que miden el clima de opinión, la condena al golpe militar se ha ido relativizando e, incluso, donde el pinochetismo está resucitando bajo distintos ropajes. El fracaso de la propuesta de la Nueva Constitución (que le significó a la izquierda la mayor derrota política y afectiva de estos últimos cincuenta años) no sólo bloqueó —al ser capitalizado por la derecha y la ultraderecha— las necesarias reformas sociales y políticas que se esperaban del gobierno de Boric, sino que activó un clima de ultraderechización del país que nos lleva a un completo retroceso democrático. Otra dura lección más de que, en términos de memoria, nunca nada está ganado definitivamente.

—Daniela Schroder: **A diferencia de lo que ocurrió en otros países latinoamericanos, en Chile el retorno a la democracia estuvo signado por el tutelaje permanente de las fuerzas pinochetistas, que junto a otros factores se tradujo en que la larga postdictadura fue un momento**



de aplanamiento de la rica actividad política y cultural que se había desarrollado durante los '80 como parte de la resistencia. ¿Cómo fue el escenario en el que intervino la Revista de crítica cultural y cómo desplegó su proyecto editorial a lo largo del tiempo? ¿Qué lugar tuvo la reflexión sobre género, política y sexualidad en ese marco?

—*Nelly Richard*: Como bien señalas, la transición chilena tuvo características especiales. Además del tutelaje de aquella Constitución firmada en 1980 por Augusto Pinochet que había sido diseñada para bloquear posteriores reformas políticas, la transición se sustentó en el pacto entre redemocratización y neoliberalismo: un pacto sellado bajo el lema del "consenso" que debía garantizar la gobernabilidad de la "democracia de los acuerdos". Si bien se normalizó la sociedad en términos político-institucionales, quedó pendiente destrabar los nudos más problemáticos de la memoria de la postdictadura. A diferencia de lo que ocurrió en Argentina, las voces de las víctimas de la dictadura chilena no lograron insertar en la esfera pública los reclamos de su memoria insatisfecha por el incumplimiento de la justicia en materia de derechos humanos, porque toda la estructura mediática de aquellos años de la transición giraba en torno al guión de la moderación y la ponderación. Se trató de conjurar el fantasma de la confrontación en torno a la memoria del pasado, cultivando el equilibrio "centrista" de una visión de ese pasado que buscaba alejarse de los extremos y que, por lo mismo, dejaba fuera los testimonios más desgarradores del pasado dictatorial.

Junto con esta obliteración de la memoria en postdictadura, la transición chilena siguió administrando el modelo —neoliberal— de una sociedad de mercado que, en el campo de la cultura, instaló el tema de las industrias culturales para masificar audiencias teniendo más interés en la *difusión* que en la *creación*. Al profesionalizarse el campo artístico (fondos concursables y otros) según lógicas burocrático-administrativas, se perdió la intensidad de los debates político-artístico-intelectuales que habían sido tan relevantes en dictadura.

La **Revista de Crítica Cultural** se fundó en 1990, el año de la reapertura democrática, con el doble propósito de: 1) seguir profundizando en los debates sobre estética y política que habían estimulado las prácticas más experimentales de los ochenta con sus reflexiones sobre los dispositivos de significación y lectura, y; 2) rastrear las huellas de la memoria traumática que trataba de suprimir o atenuar la nueva agenda socio-comunicativa de la transición. Tal como su nombre lo indicaba, la Revista instaló su proyecto editorial bajo el nombre de la "crítica cultural" como un modo de apelar a un ejercicio de pensamiento que se desliza entre las fronteras de las disciplinas mediante una práctica escritural que analiza diversas escenas de discurso y representación. La defensa del ensayismo crítico que se dio en las páginas de la **Revista de Crítica Cultural** era un modo de tomar distancia de la sociología y de la politología cuyos saberes expertos se habían constituido en la lengua oficial de la transición chilena

y, también, de la cultura del *paper* que estaba empezando a colonizar a las universidades con su tecnocracia del conocimiento. El arte y la literatura, el pensamiento crítico, les permitía a los textos que se publicaban en la revista cubrir las zonas más obturadas de aquellos imaginarios sociales que no se sentían conformes con la falsa transparencia del artefacto llamado "transición".

La teoría y la crítica feminista tuvieron siempre su lugar en las páginas de la **Revista de Crítica Cultural**, al igual que las demás prácticas críticas que planteaban su disenso frente al diseño neoliberal de una cultura de mercado. La **Revista de Crítica Cultural** fue un proyecto editorial que duró 18 años con sus 36 números (1990-2008), lo que representa toda una hazaña para una revista cultural independiente en América Latina y así lo conversábamos con Beatriz Sarlo en los tiempos en los que ella dirigía, del otro lado de la cordillera, **Punto de Vista**. Mirado a distancia, creo que fue un proyecto editorial que sirvió para revisar el anverso crítico de la discursividad oficial de la transición política chilena (Consenso y Mercado) explorando aquellas zonas —desintegradas, fugadas o rebeldes— que luego estallaron en revueltas (sociales, estudiantiles, feministas), al llevar como síntoma un profundo malestar frente al exitismo del discurso tecnocratizante y mercantilizador de la sociedad neoliberal.

—*Daniela Schroder*: **Durante los últimos años se ha visto una revalorización de la experiencia del movimiento feminista que se desarrolló la dictadura cívico-militar en Chile, y de la obra de Julieta Kirkwood en particular. ¿Cuál es tu lectura sobre los aportes del feminismo al movimiento de oposición a la dictadura y en general a los diálogos entre feminismos e izquierdas?**

—*Nelly Richard*: Efectivamente, se produjo —sobre todo a partir del mayo feminista 2018 que tuvo, en Chile, carácter de revuelta no sólo estudiantil sino política, social y cultural— una revalorización del feminismo de los ochenta y, en particular de la figura de Julieta Kirkwood. Ella fue una socióloga ligada a FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) cuyo centro de investigaciones, durante la dictadura, desempeñó un papel importante en la renovación de las ciencias sociales latinoamericanas gracias al trabajo de autores como José Joaquín Brunner, Norbert Lechner, Tomás Moulian y Manuel Antonio Garretón, entre otros. Desde el campo de la sociología, J. Kirkwood elaboró sus saberes críticos en torno a mujer y género sin dejar de moverse, al mismo tiempo, en aquellos grupos organizados de mujeres que, junto con impugnar el patriarcado, actuaban como plataformas ciudadanas de lucha contra la dictadura en un contexto de oposición y resistencia al régimen militar.

Las mujeres organizadas empezaron a levantar la bandera del feminismo para reclamar "Democracia en el país, en la casa y en la cama" (esta fue una consigna elaborada por J. Kirkwood) como

un modo de reinterpretar el famoso lema feminista de que "lo personal es político", enfatizando así el giro hacia la subjetividad cotidiana y la necesidad de tornar visibles las formas ocultas de cómo la dominación masculina controla tanto los mundos privados como las estructuras públicas. Ese feminismo chileno de los ochenta fue claro en subrayar la división entre lo privado (lo familiar, lo doméstico) y lo público (la exterioridad social y política) como una división de poder (producción-reproducción) cuya función es la de relegar lo femenino a la invisibilidad y el confinamiento. El solo hecho de que las organizaciones de mujeres, en un país bajo vigilancia y censura militares, se atrevieran a manifestarse en las calles transgredía, audazmente, el mandato autoritario-patriarcal de restricción y vigilancia de los espacios. Al mismo tiempo, el énfasis puesto por el feminismo en lo doméstico y lo cotidiano como territorios atravesados por distintas formas de autoridad y violencia masculinas desafió a la izquierda clásica obligándola a revisar el libreto marxista: un libreto acostumbrado a solo leer la explotación social en los términos —economicistas— de la lucha de clase, sin atender la opresión de género como parte de una trama de múltiples y entrecruzadas formas de dominación.

A mitad de los ochenta, se empieza a formular el proyecto de la Renovación Socialista que interviene en la discusión política sobre la vuelta a la democracia (1989). El radical aporte de J. Kirkwood fue instalar la pregunta de cómo "hacer política desde el feminismo": cómo deconstruir la simbólica del poder masculino y cómo convertir el feminismo en un agenciamiento crítico que pudiese transformar el diseño de "la política" (entendiendo "la política" como la administración del poder y el conjunto de luchas de interés en torno a su ejercicio) desde "lo político", es decir, desde los conflictos y antagonismos de cuerpos, identidades y discursos que engloban la sexualidad y el género.

—Daniela Schroder: **El movimiento de mujeres y el movimiento feminista que se desarrolló con fuerza durante los años 80 en Chile tuvo una enorme heterogeneidad, dentro de la cual el clivaje que destaca Kirkwood en sus textos es entre feministas y políticas. ¿Cómo delineás ese espacio y cómo se diferenció internamente en función de las diferentes dinámicas de los movimientos sociales y del campo intelectual, en especial de las artes y la literatura? ¿Cómo te situaste con tu práctica crítica en ese escenario?**

—Nelly Richard: Las redes a través de las cuales circulaban el enfoque feminista eran bastante diversificadas. Si bien es cierto que, desde el punto de vista de la lucha contra la dictadura, lo más visible y contundente era todo aquello que recogía la dimensión militante del feminismo que se desplegaba en las calles (en conexión solidaria con otros movimientos como, por ejemplo, los vinculados a las agrupaciones de familiares de detenidos-desaparecidos), existían otras dimensiones de la crítica feminista que se trabajaban en centros de estudios alternativos como el Círculo de Estudios de la Mujer o bien la casa La Morada. Los talleres de reflexión que se daban

en estos espacios fueron decisivos para conectar la teoría feminista con la crítica de la literatura y las artes visuales.

A fines de los setenta en Chile, tomó forma una escena neovanguardista —luego denominaba "Escena de Avanzada"— cuyas prácticas experimentales (la performance, las intervenciones urbanas, los textos críticos) se caracterizaban por una intensa reflexión sobre el lenguaje: sobre cómo sortear los límites de la censura recomponiendo vocabularios que incorporaran los destrozos de la historia y la memoria, acusando la zona de catástrofe en la que se había convertido el país después del golpe militar. Las prácticas de la "Escena de Avanzada" eran prácticas audaces y exigentes debido al rigor creativo y reflexivo mediante el cual buscaban desmontar los códigos de la tradición artística, explorando nuevos soportes (el cuerpo, la ciudad) y tecnologías (la fotografía, el video, el cine) que ampliaran los formatos convencionales del cuadro. Eran prácticas del margen que asumían su condición de *fuera-de-marco* para relevar la precariedad y la desinserción de sus búsquedas estéticas. Me involucré apasionadamente en estas búsquedas que descompusieron y recompusieron el lenguaje artístico y, en especial, fijé mi atención en algunas obras que trabajaban con el inconsciente y la sexualidad: unas obras que desmontaban el binarismo masculino-femenino que obliga los cuerpos a permanecer atados al naturalismo sexual de un sustrato de origen. Este interés mío en aquellas obras de corte más bien deconstructivo marcaba mi distancia con el feminismo esencialista que cifraba en el "yo-mujer" o en el "nosotras-las-mujeres" la garantía biológica de una pertenencia de género. Mi lectura del signo "mujer" era más móvil y plural: más abierto a las intersecciones que plantean identidades no plenas sino parciales y transitivas. Me interesé también en el motivo del travestismo (Leppe, Dávila, Las Yeguas del Apocalipsis) y sus deambulaciones paródicas por los bordes de los géneros que descentraban la linealidad del eje masculino-femenino.

Todas estas maniobras deconstructivas de la performatividad de género sobre las cuales trabajaba eran miradas con una cierta desconfianza por el feminismo sociológico o antropológico de aquellos años. La estética (el campo de las simbolizaciones y figuraciones culturales) era mirado como algo superfluo de parte de las feministas que solían oponer el *hacer* (los mundos sociales y populares; el activismo de las agrupaciones de mujeres en las calles) al *pensar* (las estrategias de discurso y pensamiento que intervienen en las construcciones de la realidad a través de categorías y enunciados). Pese a ubicarme en un lugar más bien minoritario en el campo de fuerzas del feminismo de la época, no dejaba de insistir en la importancia de la teoría para el feminismo ya que, sin ella, las mujeres no tendrían como desnaturalizar las categorías de sexo y género que la cultura sobreimprime sobre los cuerpos para fijarlas como invariables. La teoría le sirve, además, al feminismo para politizar el campo de la significación, activando luchas interpretativas que posicionan culturalmente a las mujeres en sitios de interpelación contra-dominantes. Estas discusiones en torno al lugar de la teoría eran muy frecuentes en nuestros



encuentros feministas de los ochenta: unos encuentros que, pese a las diferencias internas (de postura o estilo) o quizás gracias a ellas, fueron muy enriquecedores.

—*Daniela Schroder*: **¿De qué diálogos intelectuales se nutrieron a nivel latinoamericano e internacional, y qué instancias o medios hicieron posible establecer esas redes en un contexto en el que la dictadura imponía una clausura importante de la circulación transnacional de las ideas?**

—*Nelly Richard*: Creo que la mejor manera de responder a tu pregunta de modo sintético, es refiriéndome a lo que significó la organización del Congreso Internacional de Literatura Femenina Latinoamericana, que realizamos en 1987. Participamos de la organización desde Estados Unidos, Eliana Ortega y, desde Chile, Carmen Berenguer, Diamela Eltit, Eugenia Brito y yo. Seguíamos en dictadura y, por supuesto, con los contactos enteramente cortados con la oficialidad cultural. Tuvimos que hacer múltiples gestiones a través de embajadas y otras instancias para conseguir una ayuda que nos permitiera invitar a figuras del mundo de la literatura y de la crítica que, a nivel latinoamericano, nos parecían indispensables. Desde ya, vinieron de Argentina Josefina Ludmer y Beatriz Sarlo y recuerdo muy bien que ellas comentaron después que este Congreso de 1987 en Chile fue la primera oportunidad, para ambas, de participar de una reflexión colectiva sobre la relación entre mujer, sexualidad, cuerpo, textualidad, género y feminismo.

En paralelo con la organización del Congreso propiamente tal, nos reuníamos de modo regular entre teóricas, críticas y escritoras para discutir el modo en que se inscriben las marcas de género tanto en la tradición literaria como en las escrituras más contemporáneas. Estaban surgiendo en Chile voces muy poderosas en la narrativa (en especial Diamela Eltit) y en la poesía (Carmen Berenguer y Eugenia Brito, entre varias otras) que generaban un paisaje escrito muy propicio para descifrar las retóricas de estos textos que desmontaban la representación del "yo" del idealismo trascendente de la metafísica occidental, poniendo en escena una subjetividad fragmentada y residual. Quiénes nos encontrábamos más cerca de los estudios literarios, leíamos a Cixous, Irigaray y Kristeva (inconsciente, cuerpo, sexualidad) pero la verdad es que hacíamos un uso bastante informal (suelto y desordenado) de estas citas europeas. Recordemos que, durante la dictadura, las universidades estaban intervenidas militarmente y que nuestras reflexiones surgían desde los extramuros de las cátedras universitarias y sus academicismos. Nos atrevíamos a darle un giro heterodoxo a la intercalación de estas citas importadas en el tejido político y social de escrituras localmente marcadas por una contingencia muy adversa y esto hacía que nuestras operaciones con el saber resultaran bastante inclasificables según el canon académico.

El Congreso Internacional de Literatura Femenina Latinoamericana se propuso, además, remarcar lo latinoamericano como

un sitio de enunciación periférico-subalterno que ponía en crisis el paradigma metropolitano-occidental del conocimiento blanco y masculino. El Congreso de 1987 armó una microterritorialidad disidente que impugnaba tanto la autoridad sacra de la tradición literaria dominante como el oficialismo cultural de la dictadura. Las reflexiones del Congreso dieron lugar a que pudiésemos armar cadenas de equivalencia metafórica en torno al signo "mujer" para que dicho signo abarcara, extensivamente, un conjunto de posiciones de identidad que se reconocían como minoritarias en el mapa de dominio y subordinación cultural y cuya formulación se declarara contrahegemónica. El Congreso de 1987 inauguró una política de los espacios (que, por ejemplo, activó importantes sitios de publicación para las autoras mujeres como fue el caso de la editorial Cuarto Propio) cuya dimensión colectiva es aún digna de ser recordada y celebrada desde una memoria feminista.

Interview with Nelly Richard: 50 years after the coup in Chile. Popular revolt, feminisms and a dictatorship that never ends.

Resumen

En esta entrevista conversamos con la destacada teórica y ensayista francochilena Nelly Richard, cuya trayectoria intelectual ha tenido como ejes centrales el arte y la cultura, la política, el género y la teoría. Abordamos la reciente conmemoración de los 50 años del golpe de Estado en el marco del auge de la ultraderecha que vive actualmente Chile; el periodo de la postdictadura y la intervención que buscó hacer en ese escenario la **Revista de Crítica Cultural** que Richard dirigió; los aportes del feminismo al movimiento de oposición a la dictadura y en general a los diálogos entre feminismos e izquierdas; y la heterogeneidad que tuvo el movimiento de mujeres contra la dictadura, marcado por solidaridades y tensiones entre organizaciones sociales y el campo intelectual.

Palabras clave: crítica cultural, política, feminismo, memoria, Chile.

Abstract

In this interview we talked with the distinguished French-Chilean theorist and essayist Nelly Richard, whose intellectual trajectory has focused on art and culture, politics, gender and criticism. We discussed the recent commemoration of the 50th anniversary of the coup d'état in the context of the rise of the ultra-right that Chile is currently experiencing; the post-dictatorship period and the intervention that **Revista de Crítica Cultural** that Richard directed sought to make in that scenario; the contributions of feminism to the movement of opposition to the dictatorship and in general to the dialogues between feminism and the left; and the heterogeneity of the women's movement against the dictatorship, marked by solidarities and tensions between social organizations and the intellectual field.

Keywords: cultural criticism, politics, feminism, memory, Chile.



Franz Masereel, **La idea**.